

El Matapolicías (en proceso de creación)

Marino Milinic



Image not found.

Capítulo 1

El matapolicias

A él le decían el "matapolicias". En la cárcel arengaban y repetían: "llegó el matapolicias". Pero esa fama, él jamás la buscó.

Carlos creció sin padres, en los barrios bajos de Buenos Aires. Pronto conoció la peor de las realidades, esa que se jacta orgullosa de su propia violencia, traición y marginalidad.

A los dos años quedó a cargo de unos tíos. Fueron ellos quienes lo introdujeron al ambiente de los "hampas"(delincuentes). Su madre murió en el parto, y su padre lo abandonó un invierno demasiado frío.

A los ocho años ya fumaba, y robaba paquetes de galletitas en kioscos y mercados del barrio. Nunca fue a la escuela. No sabía leer o escribir. Nadie se preocupó demasiado por él. Su identificación solo existía en su acta de nacimiento, y vaya uno a saber donde se habría perdido esta.

A los once, ya era un delincuente menor. Y ya había recibido varias palizas de policías que lo encontraron haciendo cosas indebidas.

A los quince continuaba en la mala vida, pero una pequeña luz de esperanza comenzó a vislumbrar entre tanta oscuridad. Fue la primera vez que tuvo un arma en sus manos. Empujado por sus colegas de mala muerte, debía cometer un verdadero delito. Estaba solo, y eligió una panadería para continuar en su errado camino.

Elegió un día domingo. Esperó hasta la hora de cierre, cuando las cortinas comenzaban a bajar, señal de que ya no había clientes dentro. Sabía que al lugar lo atendía solo el dueño, de unos sesenta años de edad. La víctima era débil y el lugar, un blanco fácil.

Algo dentro suyo sabía que estaba mal, sin embargo, su mente contaminada le hacía creer que sería más hombre si no salía con las manos vacías de allí.

El momento llegó, la luz del sol desaparecía y la poca luz que iluminaba la calle lo ayudaron a dar el primer paso. Cubriendo su cabeza con una capucha comenzó a caminar por la vereda, calculando sus propios pasos con los segundos que faltaban para que la cortina metálica llegase al suelo.

Sus manos temblaban y todo su cuerpo comenzó a transpirar. En su bolsillo derecho llevaba un revolver calibre 22, con apenas tres balas en el tambor. Su corazón se aceleró demasiado rápido, pero no fue suficiente para detener su lamentable actitud.

Por la apertura de la cortina metálica, se metió fugazmente hacia el interior de la panadería, sorprendiendo de lleno a aquel hombre grande que se encontraba cerca del botón que comandaba la dicha cortina.

Carlos no tenía idea de cómo sería toda la situación, solo quería salir de allí con algo que le otorgue el respeto de aquellos imbéciles que lo indujeron a tal cobarde acto. En su interior, él no quería lastimar a nadie, pero esa era la forma que había aprendido desde niño.

Sacó su revólver y al grito de "¡ideme todo lo que tenga en la caja!" intentó asustar a su indefensa víctima, pero, para su sorpresa, aquel hombre no se inmutó. Solo quedó parado ahí, mirándolo fijo, con una mirada triste, agobiada, derrotada. Enseguida notó que el anciano estaba llorando, o al menos unas lágrimas brotaban de sus ojos rojos y cansados. Y fue evidente que esa angustia no fue producida por su abrupta aparición.

El hombre no se resistió, ni atinó a esconderse o escapar. Solo quedó parado allí mirándolo fijamente, mientras intentaba secarse un poco el rostro. Solo con un gesto, le indicó donde estaba situada la caja registradora, con toda la venta del día. Le pidió que la tome y se retire, y que lo deje sufrir en paz.

Desconfiando y sin sacarle la vista de encima, Carlos fue hasta ese lugar y tomó todo el dinero. Sólo debía irse por donde vino y su "gran hazaña" había sido lograda. Mientras tomaba el dinero, podía escuchar los sollosos que se hacían más notorios cada vez, y que derivaron en un llanto fúnebre de aquel pobre viejo.

Intentó hacer oídos sordos a tan angustiante sonido y ser insensible, como un verdadero "hampón". Cruzó la apertura de la cortina otra vez hacia la calle, ya con el botín en mano. Había sido muy fácil, demasiado tal vez. Había obtenido lo que quería, sin embargo, se sentía más miserable que cuando entró.

Caminó unos pasos por la vereda, pero el vacío en su pecho se hizo tan fuerte que comenzó a romperlo por dentro. Entendió que ni toda la recaudación del año en un solo día compensaría tal cobarde acto de humanidad.

Por primera vez sintió vergüenza, o tal vez, empatía. Pero lo cierto es que tuvo que regresar sobre sus pasos, entrar al local y pedir perdón por sus acciones. Dejó el dinero en el piso y lo único que rogó en silencio es que la

policía no se hiciera presente en aquel momento.

Al querer salir, y perderse entre las sombras de esta inmunda sociedad otra vez, pudo escuchar la voz del anciano, entrecortada, por el llanto que no podía detener del todo.

En pocas palabras le dijo que no cambiaba nada si dejaba o se llevaba el dinero, que podía tomarlo si aún lo quería. Él no iba a necesitarlo, pues solo necesitaba dejar de sentir.

Aquel domingo era el último domingo que el viejo abría sus puertas, ya no tenía ganas de luchar el día a día. Unos minutos antes de que Carlos irrumpiera, había recibido la llamada del hospital, donde su mujer se encontraba internada. Le comunicaron que había fallecido por un fallo cardiorrespiratorio, luego de haber estado internada dos semanas, con un cuadro de descompensación. Dos semanas donde él había estado lejos de ella, atendiendo aquella panadería. No estuvo en sus últimos momentos, por no querer descuidar las "ganancias", y pensando que todo volvería a la normalidad "pronto".

Le pidió entonces que se llevara aquellas malditas "ganancias" y que si no "pedía demasiado", le descargara el revólver encima, porque ya no sabía que hacer otro día más con vida.

Aquel desesperado pedido heló la sangre de Carlos, que supo que el anciano hablaba muy en serio. Pudo sentir cada palabra, y en cada letra un dolor infinito y desconsolado se hizo notar.

Y allí estaban, víctima y victimario, unidos en una rara mezcla de alquimia y demasiada realidad.

CONTINUARÁ